

se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto: que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladron, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la palabra de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nunca se anunció la palabra de Dios en el cristianismo con mayor frecuencia que en nuestros dias; pero es igualmente cierto que nunca fué mas estéril ni fructificó menos entre los cristianos este divino grano, sembrado con tanta abundancia en el campo de la Iglesia. ¿Cuál será la causa de esta esterilidad de la palabra de Dios, y á quién se deberá imputar? ¿á la misma palabra que se siembra? ¿á los predicadores que la derraman? ¿ó á los oyentes que la reciben? Atribuirlo á la misma palabra de Dios, sería injusticia; porque no tiene hoy menos virtud que tenia en tiempo de los apóstoles, cuando un solo sermón de S. Pedro convirtió á tres mil personas. ¿Serian causa de este desórden los predicadores? Bien puede ser; pues como dice el Apóstol, hay algunos que la tienen cautiva; otros que la hacen mercenaria, y que, por decirlo así, comercian con ella para granjear no sé qué concepto y vana reputacion. Tambien es posible que las costumbres de algunos se opongan á la doctrina que predicán. Pero en medio de eso, no tiene Dios aligada la eficacia de su palabra ni al mérito, ni á la santidad de los predicadores; ella obra por su propia virtud, sin depender de la intencion del ministro. Si estos la profanan, á sí mismos se pervierten; mas no porque se perviertan á sí, dejan de santificar á otros. Como el terreno sea de buena calidad, y esté bien cultivado, poco influye en su fertilidad la habilidad del sembrador. Luego si la palabra de Dios fructifica tan poco en nuestros corazones, á nosotros mismos nos debemos echar la culpa. ¡Pero cuántas reflexiones debemos hacer, y cuántas consecuencias debemos sacar de esta lastimosa esterilidad! Predicóse esta misma divina palabra á los gentiles mas obstinados, á los mas corrompidos, y se convirtieron. Predicase el día de hoy á las naciones mas groseras, á las mas bárbaras, y se convierten. Predicansenos á nosotros las mismas verdades, los mismos dog-

mas, la misma doctrina, ¿y cuántas conversiones se ven? Una vez convencido el entendimiento, presto se reforma el corazon; y á esta reforma se sigue como efecto necesario la mudanza de las costumbres. Sin duda que es muy poco dócil nuestro entendimiento, y que no debemos de creer nada de lo que se nos predica, cuando es tan poca nuestra enmienda; y si no lo creemos, ¿por qué nos llamamos fieles?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que esta inutilidad ó esterilidad de la palabra de Dios, parece que sólo puede nacer de tres principios; ó de que no se gusta de ella, ó de que se abusa de ella, ó de que se resiste á ella. No se gusta de la palabra de Dios; este es el defecto ordinario de las almas tibias. Se abusa de la palabra de Dios; este es el vicio de las almas vanas. Se resiste á la palabra de Dios; este es el carácter de los pecadores empedernidos. El disgusto es indicante del desconcierto interior, de la enfermedad habitual de un alma á quien Dios comienza á arrojar de su corazon; si ya, por desgracia suya, no la ha arrojado de él. Cuando se tiene hambre espiritual de un manjar tan necesario y tan exquisito, es señal de buena salud en el alma; como lo es en el cuerpo el hambre de los alimentos sólidos y sustanciales que le acomodan; pero al contrario, el hastío y la repugnancia á estos, tanto en el alma como en el cuerpo, son indicante de cercana muerte. El abuso de la palabra de Dios es una profanacion tanto mas torpe y aun tanto mas sacrilega, cuanto toma por asunto el medio mas seguro, y acaso el remedio mas eficaz que tiene Dios para convertirnos. Resistirse á la palabra de Dios es resistir al mismo Espíritu Santo; es como obstinarse en rebatir todas las mas fuertes impresiones de la gracia. ¿Qué esperanza puede quedar á la conversion de un pecador, cuando él mismo sufoca y apaga la luz que le podia alumbrar, el sagrado fuego que le podia encender, y los espíritus que le podian dar vigor, sin lo cual es inevitable la muerte del alma? El único recurso que le restaba á este pobre pecador era la palabra de Dios. Los primeros no la oyen, porque no gustan de ella. Los segundos la oyen, mas no como palabra de Dios, y por eso abusan de ella. Los terceros la oyen, y la oyen como palabra de Dios; pero no la quieren practicar, y por eso la resisten. Señor, ¡qué mayor ceguedad! No hay desórden mas comun ni mas universal. ¡Cuántas veces no has querido oír la palabra de Dios! este disgusto prueba el mal estado de tu alma; ¿pero te ha dado alguna pena? ¡Cuántas oíste la palabra de Dios sin sacar fruto de ella! y un abuso que tanto te debiera atemorizar, ¿te ha dado algun cuidado? ¡Cuántas re-

sististe á ella! y esta señal de reprobacion, ¿ te ha sobresaltado mucho? Con todo eso estás tranquilo; ¿ pero quién te da esa seguridad? ¡ O Señor, y qué cuenta tan terrible nos espera en el gran dia de vuestra justicia!

Tiemblo, mi Dios, cuando considero el disgusto con que miré, lo mucho que abusé, y la resistencia que hice á vuestra divina palabra. Dignaos, Señor, de tener piedad de esta alma que redimisteis á tanta costa vuestra: y pues vuestra divina palabra todavia tiene tanta fuerza para mí; pues todavia me presentais este saludable pan, dignaos concederme la gracia de que me sustente y me aproveche de tan precioso alimento.

JACULATORIAS. — Bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la practican. (*Luc. 11.*)

Vuestra palabra, Señor, es la antorcha que gobierna mis pasos, y la luz que me descubre el camino real que debo seguir. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Créese no pocas veces que ya está todo hecho cuando uno se siente movido en el sermón; y con todo eso se puede decir que nunca nos resta mas que hacer. Por parte de Dios, que te llama y te brinda con su gracia, está hecho todo; mas por la tuya, nada se ha hecho. A tí te toca seguir la voz del Pastor que te convida, y aprovechar el talento que puso en tu mano. Ten, pues, cuidado despues del sermón de recoger aquella centella de fuego que se desprendió sobre tu alma; consévala con la meditacion, foméntala con la lectura de algun buen libro, en lugar de disipar el espíritu, yéndote luego á meter en los negocios del mundo. Concorre al sermón con hambre de la palabra de Dios; oye al predicador como á un rey de armas del Señor, que viene á publicar su ley y á intimarte su voluntad; ¡ con qué respeto, con qué docilidad le debes oír! Nunca se repara si el que publica las órdenes del rey tiene buena voz, si es elocuente, si es persuasivo, si se explica bien; solo se aplica la atencion á lo que intima: que se le haya oído, que no se le haya oído, igualmente obligan las órdenes del príncipe, y al que las desobedeciese no se le admitiria la escusa de no haberlas oído. Aplicate estas verdades prácticas.

2 Acude á los sermones con prontitud y con frecuencia, teniendo presente que acaso estaba aliada la gracia de tu conversion á aquel sermón que perdiste por culpa tuya. Es la palabra de

Dios aquel misterioso grano de que habla el Salvador del mundo. Guárdate bien de ser del número de aquellos que están cerca del camino, y dejan pisar de los pasajeros el divino grano, ó que le coman las aves por no estar bien enterrado, quedándose en la superficie de la tierra. Procura que no sea tu corazón aquel terreno seco y pedregoso, en que se seca el mismo grano por falta de jugo y de humedad, ó aquel erial en que se sufoca. Sea tu corazón una tierra de buena calidad y bien cultivada en que el grano fructifique, dando ciento por uno. Reflexiona bien lo mucho que pierdes, y el peligro á que te espones si no sacas fruto de la palabra de Dios. Asiste á ella con frecuencia, con respeto, con humildad y con devocion; nunca salgas del sermón sin algun fruto particular. Los propósitos vagos son por lo comun inútiles. Determina el vicio ó el defecto de que te has de corregir, ó la virtud que has de practicar.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE LAS NIEVES, en Roma en el monte Esquilino. (*Véase su historia hoy.*)

EL MARTIRIO DE VEINTE Y TRES SANTOS MÁRTIRES, que en la persecucion de Diocleciano fueron degollados en la via Salaria antigua, y sepultados en la cuesta del Melonar, tambien en Roma.

EL TRÁNSITO DE SANTA AFRA, mártir, en Augsburgo, á la cual del gentilismo convirtió á Jesucristo é instruyó en la fe S. Narciso, obispo; y bautizada con toda su familia, fué despues quemada por confesar á Jesucristo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN EMIGDIO, obispo y mártir, en Ascoli en la marca de Ancona, que ordenado obispo por S. Marcelo papa, y enviado allá á predicar el Evangelio, en tiempo del emperador Diocleciano recibió la corona del martirio.

SAN EUSIGNIO, soldado, en Antioquia; el cual siendo de ciento y diez años de edad, echó en cara al emperador Juliano apóstata, la fe de Constantino el Magno, bajo cuyas banderas habia militado; y reprendiéndole de haber abandonado la fe de su padre, fué degollado por orden del mismo Juliano.

LOS SANTOS MÁRTIRES CANTIDIO, CANTIDIANO Y SOBELO, egipcios, tambien.

SAN MEMIO, ciudadano romano, en Chalons en Francia; el cual consagrado obispo de aquella ciudad por S. Pedro, convirtió á la verdad del Evangelio al pueblo que se le habia encomendado.

SAN CASIANO, obispo, en Autun.

SAN PARIS, obispo, en Terno.